

como las ideas de los fisiócratas y de los racionalistas le parecían aptas para secundar sus designios, se convirtió en apóstol celoso de esas nuevas ideas. Seguro de no encontrar en esto obstáculo alguno á su poder, pisoteó tan resueltamente los derechos naturales como las injusticias consagradas por el uso, los sentimientos religiosos y nacionales como los abusos de la Iglesia y los privilegios de la nobleza. Quería establecer en Austria la centralización, tal cual existe hoy día en Francia, y tal cual existía en Prusia entonces; no quería tolerar en sus Estados influencia alguna, ni la del imperio alemán ni la de la Iglesia romana, quería redondear de todos lados sus fronteras, extenderlas cuanto fuera posible, y elevar así su país en el centro de Europa, al rango de la primera potencia del mundo. José II se encontraba, pues, en una posición ofensiva respecto de la nobleza, de sus Estados, de sus pueblos y de sus vecinos.

Tan vastos planes debían encontrar una resistencia general. La política de José II contenía la negación de todo lo que había servido hasta entonces de apoyo del gobierno austriaco; no era, pues, sorprendente que la cólera y la desorganización dejaran de producirse en todas partes. La influencia de la Iglesia se hizo sentir en primera línea, esta influencia que el emperador combatía sin cesar, acusándola de ser extraña al país, esa fuerza ejercida por el Papa, por los superiores de la orden teutónica, ó por preladados del imperio; además, la miraba como incompatible con la economía social, por cuanto le quitaba á los impuestos y á las transacciones comerciales una masa de bienes considerable.

Pero, lo que no quiso comprender, estuvo muy pronto obligado á experimentarlo; esta misma hostilidad de que era objeto, permitió á la Iglesia hacer sentir cuanto su fuerza de acción era útil á un Estado, compuesto de elementos tan heterogéneos como el Estado austriaco. Desde que se abrió la lucha entre ellos y el poder, este perdió de pronto todo medio de cohesión entre las diferentes nacionalidades que encerraba el imperio. Todos los sentimientos particulares de los madgyares, de los belgas, de los slayos, se manifestaron á la vez; se hubiese dicho que la dominación austriaca se había impuesto no hacía siglos, sino algunos días antes; todas esas naciones lucharon á más no poder para sustraerse del yugo extranjero. ¡Qué contraste cuando se compara desde ese punto de vista la individualidad y los actos de José II con los de su gran modelo Federico III!

Los motivos que hicieron obrar á Federico II

eran, sin embargo, más profundos, más morales; por esto mismo fueron sus actos más reposados, más reflexivos, más fecundos para el porvenir. Satisfecho con no estar ya más dominado, ni él ni su pueblo, por una ortodoxia estrecha, no atacó jamás la conciencia de sus súbditos, sabiendo bien que no es por la fuerza como se logra que una nación llegue á la libertad del pensamiento. José II fracasó por haber tenido una conducta del todo opuesta, y sus sucesores parece que no tuvieron más fin que averiguar si la Iglesia debía ser para el Estado ó el Estado para la Iglesia un poderoso medio de conquista.

De la misma manera que esas tendencias habían separado á José II de la Iglesia, le separaron también del imperio alemán. Cambiar á Austria en un estado unitario, era desgarrar los últimos restos de esta usada trama que, hasta entonces, había llevado el nombre de constitución alemana. José abandonaba también tan resueltamente como Federico II todas las antiguas relaciones del soberano con la dieta y los Estados del imperio. Por ahí perdió toda la influencia jurídica que Austria había antes ejercido por medio de los caballeros, los condes, los preladados y los delegados de las ciudades; pero no se aplicó mucho más á consolidar su fuerza por medio de sus tropas y de sus diplomáticos. Las antiguas pretensiones sobre Baviera se produjeron de nuevo; la Suavia debía ser sometida poco á poco; la Franconia no debía ser más que una provincia austriaca, y el Norte, dividido, habríasele circunvenido por todos lados.

Por desgracia, reconócese en esto también, cuando poco Austria, por su composición, sus elementos, sus tradiciones y sus intereses tan diversos, era propia para ejercer una hegemonía tal sobre Alemania. A despecho de las luces de José II, todos los sentimientos liberales se levantaron contra él; de su parte, no se hizo escrúpulo alguno en prometer á Francia el importante ducado de Luxemburg, á condición de que le ayudase á apoderarse de Baviera. Los hombres de Estado de su imperio que representaban la opinión moderada; dijeron ellos mismos más tarde, que la naturaleza de las cosas prohibía una tal extensión de la dominación austriaca, y que en el mismo interés de Austria estaba contribuir al libre desenvolvimiento del Norte y del Oeste de Alemania, mejor que someterlas á viva fuerza. La reunión contra naturaleza de Austria y de Alemania debía producir perpétuas discordias, mientras que cada una de ellas, creciendo independientemente, hubiese encontrado en la otra su más

seguro aliado. José II no tenía más que un pensamiento y era el de someter todos los países alemanes á su dominación; pero con esto no consiguió más que atraerse la oposición de todos los príncipes de Alemania, oposición fuertemente sostenida por la opinión pública.

La política de José II adquirió todavía una nueva importancia, cuando en 1788 concluyó una estrecha alianza con Rusia, al objeto de repartirse la Turquía. El rey de Polonia Estanislao, entró con ardor en esta alianza. Estanislao, uno de los numerosos amantes de la emperatriz Catalina, había llegado al trono por la influencia de esta princesa; pero había consentido y cooperado más tarde á reformas que le habían valido la enemistad de Rusia y dado lugar al primer reparto de Polonia. Desde entonces había dejado que reinara en Polonia el emperador ruso, y había firmado un tratado que colocaba la Constitución polonesa, ó por lo menos la que así se llamaba, bajo la protección de Rusia, imbuído por la convicción de que una verdadera prosperidad no era posible para Polonia más que á la sombra de la protección rusa.

Así, mientras las poderosas familias de los Potocki y de los Czartoriski se acercaban á la corte de Viena para buscar en ella un apoyo contra Rusia, Estanislao volvía sin cesar á la carga para obtener de esta última la transformación de la monarquía electiva en una monarquía hereditaria. Cuando en 1788 se concluyó una alianza entre las dos cortes imperiales, los Potocki cesaron sus relaciones con Austria; pero Estanislao redobló su ardor para buscar el medio de captarse la confianza de José y de Catalina. En una entrevista que tuvo lugar en Kanief, accedió gozoso á la proposición hecha por las dos cortes de decidir á la república de Polonia á armar cien mil hombres para la próxima guerra contra los turcos, pero con obligación de mantener dicho contingente para toda guerra que sobreviniera; ahora bien, era evidente que por lo pronto esta cláusula no podía tener otro objetivo que Rusia. Todos los slayos de Oriente, reunidos á las fuerzas de la monarquía austriaca, se levantaron, pues, y tomaron las armas para un ataque cuyo objeto inmediato y confesado era Constantinopla, pero que abría vías de conquista cuyo término nadie podía preveer.

Tales tentativas no se han producido jamás en Europa sin encontrar de todas partes la más viva resistencia. El rey Federico Guillermo II de Prusia, que precisamente acababa de experimentar sus fuerzas militares haciendo cesar prontamente las

turbaciones de Holanda, no estaba dispuesto á ceder una pulgada de terreno de la posición conquistada por Federico el Grande. Inglaterra, bajo la poderosa dirección de su gran ministro Guillermo Pitt, estaba vivamente irritada contra Rusia, que, poco antes, había concluido un tratado favorable al comercio francés; además, consideraba ya desde entonces el sostenimiento del imperio turco como una de las bases primeras de su política. Prusia é Inglaterra concluyeron, pues, con Holanda, que seguía todos sus impulsos una alianza que debía oponerse sobre todo á las dos cortes imperiales, en especial en lo cuestión turca.

Ese tratado, nada más que por el hecho de su existencia y aún antes de todo armamento, causó gran sensación en Europa. Quien quiera que fuera que se veía amenazado en sus derechos y en sus esperanzas por las dos cortes imperiales, volvía sus miradas hacia las potencias reunidas de Prusia é Inglaterra. Suecia estaba ya en guerra abierta con Rusia y retenía las mejores tropas de éstas en el Neva. Los turcos juntaban sus ejércitos con redoblado furor para defender sus fronteras. En Polonia el embajador prusiano hacía un llamamiento al partido patriota de la dieta, logrando con esto desvanecer toda idea de alianza con Rusia, declarándose, antes al contrario buen número de votos en favor de una alianza con Prusia. En la misma Austria todas las provincias estaban en fermentación.

Hungría, en donde José II había destruído la constitución pieza á pieza, estaba dispuesta para una revolución.

Bélgica, después de largar perturbaciones, acababa de sublevarse, y había el 19 de Diciembre de 1789 arrojado la guarnición austriaca fuera de su capital al mismo tiempo que á las autoridades austriacas fuera de sus fronteras.

En uno y otro país se trataba de defender los derechos adquiridos; en todos dos, el clero y la nobleza se encontraban á la cabeza de la oposición, y tenían su punto de apoyo en la exaltada aprobación del pueblo. Los húngaros y los belgas se unieron estrechamente con Prusia; ésta había ya, con solo proteger la constitución de Lieja contra los ataques de su obispo, tomado pié en la frontera belga; los dos generales, Schönfeld y Köhler, entraron entonces al servicio de Bélgica para organizar el ejército del Congreso. Un comité de la oposición húngara fué á establecerse en Berlín, en donde se trató seriamente de que la dieta pusiera de una manera oficial los derechos del reino de Hungría bajo la salvaguardia de Prusia.

Era, pues, la situación de las dos grandes cortes de Alemania de las más críticas, á pesar de sus brillantes triunfos sobre los turcos. El odio y la desconfianza reinaban en el imperio de Alemania, y una violenta agitación existía en el reino de Polonia; sus tropas se encontraban comprometidas en lejanas guerras, y no tenían en la Europa occidental otro aliado que Francia invadida cada vez más por las

corrientes revolucionarias. José, minado por los cuidados de la enfermedad, no se decidía á nada. Hizo algunas concesiones á Hungría, continuó animado de un belicoso celo contra los turcos, y no tomó medida alguna para cubrir sus fronteras del lado de Prusia. La insurrección de Bélgica le arrebató, en fin, lo que aún le restaba de fuerzas; y dos meses después falleció,—10 de Febrero de 1790.



CAPITULO VIII

CRISIS EUROPEA

El emperador Leopoldo II.—Corrige la marcha política de su hermano José II.—El ministro prusiano conde de Herzberg.—Paraliza á Leopoldo.—Política alemana.—Procura el reconocimiento de turcos y polacos.—Bases para la paz: concesiones territoriales.—Situación de Suecia.—Federico Guillermo de Prusia.—Compromete la política de su ministro.—Le sorprende Leopoldo de Austria.—Su carácter.—Correspondencia entre el emperador de Austria y el rey de Prusia.—Querrela entre España é Inglaterra.—Preparativos de guerra.—España reclama en virtud del pacto de familia el concurso de Francia.—Actitud de la Asamblea nacional y del rey.—Montmorin y Lafayette: sus simpatías por Austria.—Lafayette y sus planes de política exterior.—Quiere llevar la revolución á Holanda.—Sus relaciones con los belgas.—Cómo y por qué se abandonó á la Bélgica.—Inteligencias entre España é Inglaterra.—Resuélvese Lafayette por la guerra contra Inglaterra.—Inglaterra procura la paz en Oriente.—Pretensiones de Austria.—Las potencias marítimas aprueban el plan de Austria sobre la base del *statu-quo*.—Fracaso de Herzberg.—El tratado de Reichenbach.—Inglaterra.—Actitud de Polonia.—Carácter del rey de Prusia.—Triunfo de Austria.—Sajonia se aparta de la política de Prusia.—Cómo se aseguró Leopoldo la corona imperial de Alemania.—Leopoldo rey de Hungría.—Leopoldo se desentiende de lo pactado en Reichenbach en favor de Bélgica.—Amenazas de las potencias marítimas.—Entran los austriacos en Bélgica.—Carácter del movimiento de Bélgica.—Es antidemocrático.—Prisión de los patriotas.—Inútiles esfuerzos de Lafayette para libertarlos.—Lieja vuelve de nuevo al gobierno de su obispo.—Actitud de Austria en Lieja.—Suecia abandonada hace la paz con Rusia.—Rusia procura de nuevo una alianza con Austria.—Proposiciones.—Austria y Prusia: peligros para el porvenir.

El hermano de José, el gran duque Leopoldo de Toscana, había á menudo censurado la política irreflexiva y aventurera del emperador, y por ahí se atraía la mala voluntad de éste. Debía ahora, al sucederle en el trono, retirar de la orilla del abismo la tan quebrantada monarquía. Fué una gran suerte para la casa de Lorena que fuera precisamente ese hermano del emperador á quien tocara la dirección de los negocios en tan difícil momento. Leopoldo emprendió esta tarea con prudencia, con calma y con tanta moderación como inquebrantable firmeza, así supo ganar inmediatamente la confianza pública, feliz presagio para los éxitos futuros. Si tuvo sobrada

inteligencia para rendir homenaje á los grandes principios de José II, tuvo suficiente prudencia para no seguirle en sus irrealizables sueños. Ante todo, fué necesario poner fin á la crisis de momento. Leopoldo estaba pronto á renunciar á los grandes proyectos de conquista de su hermano, pero no quería que el porvenir del país sufriera de ello, ni sobre todo que sus adversarios sacasen de ello la menor ventaja. Perteneía aún demasiado á la casa de Lorena para no continuar fiel á esta máxima fundamental de su raza.

Como la alianza anglo prusiana que acababa de contraerse tenía por principio el *statu-quo*, parecía que la inteligencia no había de ser difícil. Pero Leo-